



Vol. 7, No. 2, Winter 2010, 80-91
www.ncsu.edu/project/acontracorriente

¿Fue José Carlos Mariátegui racista?

Juan E. de Castro

Eugene Lang College

Empezaré este breve ensayo con una anécdota. Recientemente asistí a un panel sobre el orientalismo en el Perú. Uno de los ponentes, al describir la innegable discriminación sufrida por los japoneses y sus descendientes en el país, señaló que prejuicios anti-asiáticos han sido comunes no sólo entre gran parte de la población sino aún entre los intelectuales progresistas.¹ Y mencionó como ejemplo de éstos al racismo

¹ Los prejuicios anti-japoneses en el Perú culminaron con la desposesión, bajo el fervor xenofóbico promovido por la segunda guerra mundial, de propiedades y negocios en 1942. Sin embargo, detrás de las medidas se encontraba la activa gestión del gobierno norteamericano que intentó aplicar sus medidas anti-japonesas también en el Perú, el otro país de la cuenca del Pacífico con una significativa colonia japonesa. Irónicamente, aunque comprensible dado el contexto de la guerra, la embajada china ayudó en la investigación de los propuestas represivas del gobierno norteamericano que, luego, fueron puestas en prácticas por peruanos y norteamericanos. Véase Connell 51-63.

Sin embargo, cabe señalar que este énfasis exclusivo en el racismo anti-japonés y anti-chino no ayuda a entender, por ejemplo, el éxito político de Fujimori, un descendiente de japoneses que asumió el gentilicio chino y, por lo tanto, todas las connotaciones asociadas con éste. Si bien el fenómeno Fujimori obviamente no desmiente la existencia de prejuicios anti-asiáticos, que de hecho llevaron a serias acciones discriminatorias en particular durante el periodo de la

presente en los escritos de José Carlos Mariátegui. De hecho, comentó que la denigración sistemática de la inmigración china en la obra de Mariátegui era la contrapartida necesaria de su defensa de la población indígena.

Esta opinión negativa sobre Mariátegui, especialmente en cuanto a sus ideas sobre las razas, no es aislada. Por el contrario, se ha convertido en un lugar común de una parte significativa del mundo académico e intelectual latinoamericano y latinoamericanista. Inclusive para algunos es el elemento central sobre el que basan su evaluación o, mejor dicho, descalificación de los escritos y obra del autor marxista. Así para el crítico literario peruano, Marcel Velásquez, Mariátegui proporciona en sus *7 ensayos* “una clara lección de racismo positivista que ya en esa época era obsoleto” (n.p). Para el noruego Birger Angvik, Mariátegui, al igual que su predecesor y enemigo ideológico José de la Riva-Agüero, se caracteriza por sus “posturas racistas” (225). Hasta Neil Larsen, un estudioso firmemente marxista y un admirador de la obra de Mariátegui, lamenta que el peruano mantuviera “puntos de vista ridículamente arcaicos y racistas sobre los negros y los inmigrantes asiáticos” (181).² Si durante las décadas de los setenta y ochenta Mariátegui fue asumido como el ancestro olvidado quien supuestamente habría proveído los fundamentos para la acción revolucionaria, la crítica literaria, el estudio de la sociedad y la historia en Latinoamérica—el lector puede escoger una o todas de estas opciones—hoy en día es común enfatizar sus defectos y definir al pensador peruano a partir de ellos.³ Inclusive para algunos, en las brutales palabras del conocido economista y bloguero peruano Silvio Rendón, “Mariátegui ya

segunda guerra mundial, sí sirve para recordarnos que la imagen del asiático en el Perú es sumamente compleja.

² La traducción de todos los textos en inglés en la lista de obras citadas es mía. Cabe señalar que Larsen, al igual que Gareth Williams, a quien citaré más adelante y quien escribe desde una posición ligada al subalternismo, son admiradores del pensador peruano, aunque critican con justicia la presencia de estereotipos raciales en su obra.

³ Dos citas sirven como muestra. Antonio Cornejo Polar, tal vez el mayor crítico literario peruano de la segunda mitad del siglo XX, escribió: “La crítica literaria que queremos hacer es, en definitiva, la que José Carlos Mariátegui fundó entre nosotros” (7). Tres años después, en 1979, Aníbal Quijano, valorando principalmente los aportes sociológicos y políticos del autor de los *7 ensayos*, declara: “A casi ya cincuenta años de su muerte, Mariátegui continúa siendo la experiencia intelectual fundamental del Perú del siglo XX” (CXI).

fue” (n.p). El “primer marxista de América,” como lo llamó hace ya cuarenta años Antonio Melis, es ahora, para muchos, un racista del montón.

¿Pero es esta caracterización de Mariátegui correcta?

Mariátegui, racista

Basta hojear la obra de Mariátegui para encontrar pasajes racistas. Por ejemplo, al analizar el mestizaje en el Perú, el pensador peruano repite todos los estereotipos negativos posibles sobre las poblaciones chinas y afro-peruanas. Así, Mariátegui, escribe sobre la comunidad sino-peruana: “El chino...parece haber inoculado en su descendencia, el fatalismo, la apatía, las taras del Oriente decrepito” (7 *ensayos* 288).⁴ Su visión de la población afro-peruana es aún peor: “El aporte del negro, venido como esclavo, casi como mercadería, aparece más nulo y negativo aún. El negro trajo su sensualidad, su superstición, su primitivismo. No estaba en condiciones de contribuir a la creación de una cultura, sino más bien de estorbarla con el crudo y viviente influjo de su barbarie” (288). Como señala Gareth Williams, en un trabajo que valora otras facetas de su obra, Mariátegui, en sus 7 *ensayos* “reproduce muchas de las categorías racistas neocoloniales de su día” (50). Así, además de ser racistas ambas descripciones repiten estereotipos que han servido para justificar el colonialismo. El asiático fatalista, apático y decrepito se beneficiaría de la presencia del supuestamente optimista, energético, y activo colonialista blanco. El sensual, supersticioso y primitivo negro—una representación de la población afro-latinoamericana lastimosamente todavía presente en la región—necesitaría la supervisión de un hipotético austero, racional y

⁴ Detrás de la preocupación de Mariátegui por la población asiática y su posible contribución, en su opinión negativa, a la construcción de la nacionalidad peruana se encuentra obviamente el hecho de que alrededor 90,000 campesinos chinos llegaron al país en el siglo xix (Paerregard 41). Como señala Mariátegui: “La costa peruana recibió aquellos famosos contingentes de inmigrantes chinos destinados a sustituir en las haciendas a los esclavos negros, importados por el Virreinato, cuya manumisión fue también en cierto modo una consecuencia del trabajo de transformación de una economía feudal en economía más o menos burguesa” (7 *ensayos* 13).

moderno blanco.⁵ Parecería no sólo que Velásquez y Angvik tendrían toda la razón, sino que además Mariátegui sería un representante e inclusive un vocero de la ideología colonialista que supuestamente critica.

Mariátegui, anti-racista

Sin embargo, como todos sabemos, Mariátegui fue también un defensor de los indígenas quechuas. Pero la manera en que el político peruano asume la defensa del indígena implica sino un giro copernicano, ya que Manuel González Prada en su ensayo “Nuestros indios” había esbozado un análisis semejante, por lo menos el desarrollo de un acercamiento hacia la desigualdad social que en su raíz, paradójicamente, deja de lado consideraciones de raza.⁶ Así para Mariátegui, “el nuevo planteamiento consiste en buscar el problema del indígena en el problema de la tierra” (7 ensayos 34). Y:

Nuestro primer esfuerzo tiende a establecer su carácter de problema fundamentalmente económico. Insurgimos primeramente, contra la tendencia instintiva–y defensiva–del criollo o “misti”, a reducirlo a un problema exclusivamente administrativo, pedagógico, étnico o moral, para escapar a toda costa del plano de la economía. Por esto, el más absurdo de los reproches que se nos pueden dirigir es el de lirismo o literaturismo. Colocando en primer plano el problema económico-social, asumimos la actitud menos lírica y menos literaria posible. No nos contentamos con reivindicar el derecho del indio a la educación, a la cultura, al progreso, al amor y al cielo. Comenzamos por reivindicar categóricamente, su derecho a la tierra. (39)

La existencia o no de rasgos raciales carece de importancia. La desigualdad económica, educativa, etc., no se origina en esencias raciales que, por ejemplo, hubieran llevado a un grupo específico a comportamientos sociales autodestructivos, sino en las estructuras coloniales que la república en lugar de eliminar había fortalecido (35-36).

⁵ Los ejemplos del cómic mexicano *Memín Pinguín* y el popular merengue de Wilfrido Vargas “El africano” sirven como prueba de la persistencia de estos estereotipos sobre la población afro-latinoamericana.

⁶ Luego de analizar el papel jugado por el racismo en la justificación del colonialismo y el mantenimiento de sus estructuras sociales, González Prada señala que “La cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social” (115). González Prada concluye su ensayo con las siguientes oraciones: “En resumen: el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores. Todo blanco es más o menos, un Pizarro, un Valverde, un Areche” (116).

A pesar de esta “reivindicación perfectamente materialista,” como la llama el propio Mariátegui (39), uno encuentra en la obra mariáteguiana pasajes que parecen esencializar rasgos de la población indígena en el Perú. Por ejemplo:

En una raza de costumbre y de alma agrarias, como la raza indígena, este despojo ha constituido una causa de disolución material y moral. La tierra ha sido siempre toda la alegría del indio. El indio ha desposado la tierra. Siente que “lavida viene de la tierra” y vuelve a la tierra. Por ende, el indio puede ser indiferente a todo, menos a la posesión de la tierra que sus manos y su aliento labran y fecundan religiosamente. (36)

Irónicamente el argumento materialista de que las medidas necesarias para mejorar el nivel de vida de la población indígena son la destrucción del latifundio y la redistribución de la tierra va ligado a una visión básicamente esencialista del indígena como una raza agraria.

Sin embargo, cabe señalar que en sus escritos posteriores, en particular el dedicado específicamente al “Problema de las razas en Latinoamérica,” coescrito con Hugo Pesce, Mariátegui aplica sus ideas materialistas de una manera mucho más consistente.⁷ Si bien propone, a partir de una cita de Vilfredo Pareto, que la raza sería “sólo uno de los varios factores que determinan las formas del desenvolvimiento de una sociedad,” por lo tanto atribuyéndole todavía alguna relevancia a la raza, el énfasis es ahora puesto con mucha mayor claridad en la manera en que el prejuicio racial ayuda a la mantención de estructuras sociales neocoloniales tanto dentro como fuera de los países y la región latinoamericana (23-24). (De hecho ésta era la idea defendida por Pareto en el pasaje citado). En este ensayo relativiza algunos de sus comentarios despectivos sobre la población negra. Mariátegui en los 7 *ensayos* había recalcado, además de las características negativas previamente mencionadas, una supuesta afinidad entre la población negra y la cultura colonial que ayudaban a justificar ideológicamente las estructuras neocoloniales:

⁷ Según Marc Becker, en un valioso estudio que analiza los contextos políticos y sociales que rodearon la redacción y recepción del ensayo de Mariátegui y Pesce, “El problema de las razas” fue escrito para ser presentado por Pesce en La Primera “Conferencia Comunista Latinoamericana que tomó lugar en Buenos Aires en 1929: “La primera parte de la tesis, ‘Planteamiento de la cuestión’, fue escrita por Mariátegui con algunas contribuciones editoriales significantes de Pesce en el resto del ensayo” (“Mariátegui y el problema de las razas en América Latina” 203).

El negro, el mulato, el ‘zambo’ representan, en nuestro pasado, elementos coloniales. . . Es uno de los estratos, poco densos y fuertes, del Perú sedimentado en la tierra baja durante el Virreinato y la primera etapa de la República. Y, en este ciclo, todas las circunstancias han concurrido a mantener su solidaridad con la Colonia. (7 *ensayos* 282).

En “El problema de las razas,” Mariátegui, a pesar de repetir algunos de estos estereotipos de la población negra como “incondicional” de la “casta feudal” (28), también provee una explicación “social” de esta introyección de la ideología neocolonialista, por más que su análisis hoy nos parezca inusualmente débil: “Un mayor grado de mezcla, de familiaridad y de convivencia con éstos [los colonizadores españoles] en las ciudades coloniales, la convirtió en auxiliar del dominio blanco” (28). En lugar de raciales, las supuestas taras que Mariátegui absurdamente encuentra en la población negra serían el resultado de una historia contingente y, por lo tanto, cambiante y cambiante. Así para Mariátegui: “La industria, la fábrica, el sindicato, redimen al negro de esta domesticidad” (28). La modernidad social y material, o sea la experiencia de una realidad social diferente, acabarían con los residuos coloniales entre la población afro-peruana.⁸

A pesar de la presencia de estereotipos raciales sus escritos, es necesario recalcar que Mariátegui explícitamente rechaza la validez de la raza como criterio para clasificaciones jerárquicas. Así inclusive en los 7 *ensayos*, precisamente después de su descripción negativa de las poblaciones asiáticas y afro-peruanas, Mariátegui concluye:

El problema étnico en cuya consideración se han complacido sociologistas rudimentarios y especuladores ignorantes, es

⁸ Becker ha señalado que: “Usando el mito de la democracia racial que más tarde propondría Gilberto Freyre para Brasil, Mariátegui mantenía que los negros en América Latina no se enfrentaban al mismo nivel de discriminación racista que en los Estados Unidos. Respondiendo a los dictados del Comintern, Mariátegui negó que las luchas de los negros en América Latina tenían un carácter nacional, sino que respondían a unas preocupaciones limitadas y locales. Esta simple y breve explicación lo dejó vulnerable a la crítica de los demás delegados de la conferencia, reveló su falta de contacto y experiencia con estos sectores de la población y traicionó su interés y su preocupación para las demandas indígenas para la tierra en el Perú. Señaló el crecimiento de las ideas socialistas y las demandas revolucionarias de las comunidades indígenas como prueba de la dirección que debería de tomar la organización de los partidos en Perú”. (“Mariátegui y el problema de las razas en América Latina” 206).

totalmente ficticio y supuesto. Asume una importancia desmesurada para los que, ciñendo servilmente su juicio a una idea acariciada por la civilización europea en su apogeo,—y abandonada ya por esta misma civilización, propensa en su declive a una concepción relativista de la historia—, atribuyen las creaciones de la sociedad occidental a la superioridad de la raza blanca. (289)

Sólo unas líneas debajo, Mariátegui se refiere despectivamente al racismo como “inverosímiles razonamientos zootécnicos” (290), obviamente parodiando el reclamo de cientificidad del “racismo científico” o, como lo llama Velásquez, “racismo positivista,” que, a pesar de lo dicho en la cita, ejercía todavía profunda influencia en los medios intelectuales y aun científicos, en la década de los veinte.⁹

Hemos llegado al embrollo central del pensamiento mariateguiano sobre las razas. Si por un lado, el marxista peruano, cabe señalar de una manera muy poco marxista, tiende a aceptar los clichés más burdos sobre los grupos raciales, por otro, de una manera más consecuente con el resto de su análisis, rechaza a la raza como factor explicativo o causal de cualquier conducta social. Parecería una contradicción insoluble. Sin embargo, basta leer a Mariátegui con un poco de cuidado para encontrar una explicación que, sin borrar las manchas racistas en sus escritos, ayudan a comprender las tendencias centrales de su pensamiento.

Al concluir el pasaje anteriormente citado de los 7 *ensayos*, Mariátegui declara: “Pero todo el relativismo de la hora no es bastante para abolir la inferioridad de cultura” (289). En otras palabras, si, por un lado, Mariátegui de una manera tajante rechaza a la raza como factor válido para la clasificación jerárquica de los grupos humanos, por el otro, acepta la clasificación de estos mismos a partir de criterios culturales. Por lo tanto, para el marxista peruano, los defectos que él enumera en las poblaciones asiáticas y negras no se originan en una herencia racial, sino, más bien, en características culturales adquiridas por los grupos en cuestión. Para Mariátegui, lo que determina su opinión positiva o negativa sobre un grupo

⁹ De acuerdo a John Efron, “durante la entreguerra, el edificio intelectual de la ciencia racial empezó a cuartearse. Los científicos en Inglaterra y los Estados Unidos habían empezado a alejarse de la teoría racial nórdica y la toma del poder por parte de los Nazis sólo aceleró el proceso”. Sin embargo, el propio autor señala que en el caso de los EEUU, “Las declaraciones públicas antirracistas de parte de la comunidad científica no fueron significativas hasta después de la Segunda Guerra Mundial” (179).

humano es la compatibilidad o no de una cultura con la modernidad y especialmente su variante socialista.

A pesar de los estereotipos anti-asiáticos presente en su obra, uno encuentra en Mariátegui pasajes que presentan a las naciones del Asia como contraejemplos al racismo anti-indígena y, cabe señalar, al racismo como ideología y pseudociencia:

La suposición de que el problema indígena es un problema étnico, se nutre del más envejecido repertorio de ideas imperialistas. El concepto de las razas inferiores sirvió al Occidente blanco para su obra de expansión y conquista... Los pueblos asiáticos, a los cuales no es inferior en un ápice el pueblo indio, han asimilado admirablemente la cultura occidental, en lo que tiene de más dinámico y creador, sin transfusiones de sangre europea. La degeneración del indio peruano es una barata invención de los leguleyos de la mesa feudal. (30)¹⁰

La posibilidad de asimilar la modernidad occidental de una manera crítica subyace tanto la valoración que hace el pensador peruano de los pueblos asiáticos como la del pueblo indígena. La reivindicación de la población asiática es la contrapartida necesaria de su reivindicación de la población indígena peruana.¹¹

¹⁰ En varios de sus escritos, Mariátegui presenta a los países asiáticos como muestra de que la modernidad puede ser apropiada por poblaciones no europeas. Así, en “El problema de las razas” escribe: “Hace tiempo que la experiencia japonesa demostró la facilidad con que pueblos de raza y tradición distintas de las europeas, se apropian de la ciencia occidental y se adaptan al uso de su técnica de producción. En las minas y en las fábricas de la Sierra del Perú, el indio campesino confirma esta experiencia” (29).

¹¹ La opinión negativa que Mariátegui tiene de los inmigrantes chinos radica en parte en su creencia que este grupo habría sufrido un proceso radical de deculturación: “El *coolí* chino es un ser segregado de su país por la superpoblación y el pauperismo. Injerta en el Perú su raza, mas no su cultura. La inmigración china no nos ha traído ninguno de los elementos esenciales de la civilización china, acaso porque su propia patria han perdido su poder dinámico y generador. Lao Tsé y Confucio han arribado a nuestro conocimiento por la vía de Occidente” (*7ensayos* 287-88). A pesar de que en la cita provee la explicación de esta hipotética pérdida de gran parte de la tradición cultural de—el pauperismo que, en el Perú, fue exacerbado por la condición de semi-esclavitud que experimentaron al llegar al país—no cabe duda que el pensador peruano pone el énfasis en la carencia cultural que cree encontrar en los inmigrantes chinos y no en la explotación de que fueron víctimas. Sin embargo, como es característico en él, también ve a la modernización y a la concientización política como procesos que llevan a la renovación cultural: “a partir del movimiento nacionalista—que tan extensa resonancia ha encontrado entre los chinos expatriados del continente—, la colonia china ha dado señales activas de interés cultural e impulsos progresistas” (288).

Conclusión

No cabe duda que hay pasajes racistas en la obra de Mariátegui. El pensador peruano, sea por el influjo de las ideas populares entre sus contemporáneos, sea por la influencia de la ciencia de la época, sea por la falta de contacto personal con la heterogénea población peruana, especialmente aquella fuera de Lima, la capital—algo que su pésimo estado de salud no le permitió subsanar—, repite lugares comunes y estereotipos raciales que un pensador iconoclasta y revolucionario debió haber cuestionado. Sin embargo, como he señalado, paralelamente con esta subscripción a los estereotipos, hay en la obra de Mariátegui un rechazo del racismo y del concepto de raza como base para el establecimiento de jerarquías sociales, aunque si acepte a la cultura como un criterio para el establecimiento de éstas. Por lo general, como señala Marc Becker, “lo que Mariátegui entendió como ‘raza’ en la década de los veinte, sería entendido hoy como ‘etnicidad’” (454).

Las jerarquías culturales mariateguianas no están basadas en la automática identificación de patrones de comportamiento de una “raza” o cultura, sea esta última regional o nacional, como modelo incuestionado o incuestionable. Ni los Estados Unidos, el nuevo poder imperial de su tiempo, y que él ve como “plutocrática e imperialista” (“Aniversario y balance” 248), ni Europa, que en los 1920s experimento el crecimiento del fascismo, ni siquiera Rusia, aunque ésta se acerque mucho más, cumplen el papel de modelo a emular acriticamente. Por el contrario, en un pasaje famoso, él declara: “no queremos...que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica” (249).

Además, y esto me parece central, lo mejor de los análisis de Mariátegui no está basado en noción cualquiera de raza. Por ejemplo, su estudio de la conjunción de diferentes modos de producción en la economía peruana o de la disyunción entre la literatura indigenista y la población indígena representada, por mencionar dos de sus más características propuestas teóricas, no dependen en lo más mínimo de ideas raciales.¹²

¹² Mi discrepancia con la lúcida lectura de la obra de Mariátegui hecha por Marisol de la Cadena reside precisamente en que, a diferencia de ella, yo considero

Como he señalado, una manera de entender las tensiones que rodean al concepto de raza en la obra de Mariátegui es ver a sus escritos como progresivamente dejando atrás los prejuicios racistas que habían caracterizado al discurso científico y humanista de su época y reemplazándolos por una visión cultural de la conducta humana. De hecho los 7 *ensayos* representan literalmente no sólo la culminación de 5 años de pensamiento y obra, sino su recopilación.¹³ Mariátegui señala en la “advertencia” al libro, “Reúno en este libro, organizados y anotados en siete ensayos, los escritos que he publicado en *Mundial* y *Amauta* sobre algunos aspectos sustantivos de la realidad peruana...no es éste, pues, un libro orgánico” (5). Como hemos visto, “El problema de la razas” muestra una mayor distancia ante el discurso racista de su tiempo. Lastimosamente su temprana muerte en 1930 y la desaparición del manuscrito de su último libro “Ideología y política” restringen el análisis de esta evolución intelectual a sólo un puñado de textos.¹⁴ Quizás el motivo por el cual sus ideas sobre las razas se han convertido en una piedra de estorbo para la comprensión de la obra de Mariátegui se deba a los cambios políticos de los últimos veinte o treinta años. Como todos sabemos, luego del fracaso del socialismo real, la lucha contra la discriminación racial (y de género y por la preferencia sexual) ha reemplazado a la búsqueda de la igualdad económica y social como meta de la política progresista. Las prioridades de Mariátegui—el socialismo, la igualdad, la modernización tecnológica—no son las de gran parte de la izquierda actual. Dada esta priorización de la

que la noción de la raza cumple una función secundaria en el pensamiento del marxista peruano. Sin embargo, me parece que el pasaje que cito a continuación provee un elocuente resumen de las ideas de Mariátegui sobre el tema: “En la década de 1920, el periodo más intenso del pensamiento racial...José Carlos Mariátegui...se incorporó a la tendencia de definir a la raza en términos culturales y así contradujo la tendencia dominante europea hacia el pesimismo racial. Al hacer esto, negó la naturaleza inmutable de las razas, al igual que la preeminencia del determinismo biológico, y propuso, como muchos otros, que las condiciones circundantes (que de acuerdo al lenguaje marxista llamó ‘fuerzas productivas’) eran cruciales en determinar las razas” (312).

¹³ Mariátegui regresó de Europa al Perú en 1923 y los 7 *ensayos* fueron publicados en 1928.

¹⁴ No debe confundirse la colección de ensayos recopilados bajo el título *Ideología y política*—en su mayoría escritos políticos de ocasión posteriores a los 7 *ensayos*—con el manuscrito perdido que, como señala Mariátegui en la “advertencia” al libro mencionado, era “un ensayo sobre la evolución política e ideológica del Perú” (5).

lucha contra la discriminación, la presencia de jerarquías etno-culturales en sus escritos, por más que éstas no dependan de nociones pseudocientíficas como la creencia en la existencia de comportamientos y aptitudes hereditarias, lleva a algunos lectores a identificar sus ideas con las de sus predecesores y enemigos ideológicos positivistas y conservadores. Para muchos, cualquier jerarquización social es sinónimo de racismo. Sin embargo, el énfasis justificado en la eliminación de jerarquías frecuentemente ha ido ligada con un total desinterés en la necesidad de cambiar las estructuras sociales y eliminar la estratificación económica. Si la presencia de pasajes racistas en la obra de Mariátegui demuestra la dificultad que encuentra aún un pensador brillante en superar completamente las taras de su época, muchas de las críticas actuales a los escritos del marxista peruano, frecuentemente hechas con el intento de descalificarlos en su totalidad, sirven como muestra de las limitaciones del pensamiento de nuestro día.

Obras citadas

- Angvik, Birger. *La ausencia de forma da forma a la crítica que forma el canon peruano*. Lima: Pontificia Universidad Católica, 1999.
- Becker, Marc. "Mariátegui, the Comintern, and the Indigenous Question in Latin America." *Science & Society*. 70, 4 (October 2006): 45–79.
- . "Mariátegui y el problema de las razas en América Latina". *Revista Andina* 35 (July 2002): 191-220.
- Connell, Thomas. *America's Japanese Hostages: The World War II Plan for a Japanese Free Latin America*. Westport, CT: Greenwood, 2002.
- Cornejo Polar, Antonio. "Homenaje a Amauta". *Revista de crítica literaria latinoamericana* 2.4 (1976): 7.
- De la Cadena, Marisol. *Indigenous Mestizos: The Politics of Race and Culture in Cuzco, Peru, 1919-1991*. Durham, NC: Duke UP, 2000.
- Efron, John M. *Defenders of the Race: Jewish Doctors and Race Science in Fin-De-Siècle Europe*. New Haven, CT: Yale, UP, 1994.

